



**EXTRACTO DEL TESTIMONIO ESCRITO DE JACOB
WIERNIK SOBRE EL CAMPO DE EXTERMINIO DE
TREBLINKA***

...) Me encontraba en la fila frente a mi casa, en la calle Wolynska, y allí, nos llevaron a la calle Zamenhof. Los ucranianos se repartieron botín entre sí, ante nuestros ojos. Se peleaban entre ellos, lo valuaban o seleccionaban todo. A pesar del gran número de personas presentes,

la calle estaba silenciosa. Una desesperación silenciosa y cruel cayó sobre todos.

¡Ay que desesperación había allí! Nos fotografiaron como si fuéramos animales antes del Diluvio. También habían algunas personas que permanecían tranquilas. Yo personalmente tenía la esperanza de que regresaríamos de nuevo a casa. Pensé que controlarían nuestros documentos. Se dio una orden, y nos desplazamos de nuestros sitios. ¡Ay de nosotros! La realidad se reveló ante nuestros ojos. Vagones de ferrocarriles, vagones vacíos. Ese día era un día de verano, agradable y cálido. Parecía como si el sol protestara contra aquella injusticia. ¿Cuál fue la culpa de nuestras mujeres, de nuestros hijos, de nuestras madres? El sol desapareció por detrás de nubes densas. Es hermoso, caliente y brilla y no desea asistir a nuestros sufrimientos y humillaciones.

Dan una orden para que entremos a los vagones. 80 personas son acurrucadas dentro de cada vagón. El camino de regreso está cerrado. Sobre mi cuerpo, tan sólo llevaba unos pantalones, una camisa y mis zapatos. En casa se había quedado una mochila con algunas otras cosas y botas altas. Lo había preparado porque hubo rumores según los cuales nos iban a llevar a Ucrania para trabajar. Desviaron el tren de una vía a otra. Yo conocía bien esta bifurcación y me dí cuenta de que nos estábamos quedando en el mismo sitio. Mientras tanto, podíamos oír a los ucranianos que se distraían, pues llegaba a nosotros el sonido de sus gritos y de sus risas alegres. Adentro del coche, se iba haciendo cada vez más sofocante, y de minuto en minuto había menos aire que respirar; todo era desesperación, obscuridad y horror.(...) Finalmente, con un sufrimiento indescriptible, llegamos a Malkinia. Allí, nos paramos toda la noche. Ucranianos entraron dentro del vagón y pidieron los objetos de valor. Todos se los dieron, para preservar sus vidas un poco más de tiempo.

(...) Por la mañana, el tren se puso en marcha y llegamos a la estación de Treblinka. Vi un tren que se nos adelantó, y dentro, gente hambrienta, andrajosa y medio desnuda. Nos dijeron algo pero no los entendimos. Era un día de calor que quemaba. La escasez de aire era terrible. Como consecuencia, teníamos mucha sed. Miré por la ventana. Los campesinos trajeron agua y cobraron 100 zlotys por cada botella. Aparte

de 10 monedas de oro, no tenía dinero. También tenía una *gulden*, una de 5 y una de 10 de plata, con el relieve del Mariscal** que llevaba conmigo, de recuerdo. Así es que me vi obligado a aguantarme sin agua. Otros compraron agua. Pagaron 500 zlotys por un kilo de pan negro. Hasta el medio día me quedé torturado por la sed. Entonces, el futuro *Hauptsturmführer* vino y escogió a 10 hombres para que nos trajeran agua. Sació un poco mi sed. Dieron una orden para que fueran sacados los muertos, pero no los había. A las 16.00 hs., arrancó el tren. En unos cuantos minutos, llegamos a Treblinka. Fue solamente allí donde se nos abrieron los ojos. Sobre los techos de las barracas se encontraban ucranianos con fusiles y ametralladoras. Toda la zona estaba cubierta con cuerpos, algunos vestidos y otros desnudos. Tenían las caras retorcidas por el espanto y el horror. Estaban negros e inflados. Tenían los ojos petrificados y muy abiertos. Sus lenguas colgaban afuera; los cerebros habían salpicado alrededor y los cuerpos aparecían retorcidos. Había sangre por todas partes. Nuestra sangre inocente. La sangre de nuestros hijos, de nuestros hermanos y hermanas. La sangre de nuestros padres y madres. Y no nos queda ninguna esperanza; entendimos que no escaparíamos a nuestro destino.

Dan una orden para que salgamos de los vagones. Debemos dejar atrás nuestro los efectos personales. Nos llevan a un terreno. Por cada lado, había barracas. Habían dos tablonces de anuncios con la orden de entregar el oro, la plata, las piedras preciosas y todas las demás prendas de valor. Omitir hacerlo provocaría la pena de muerte. Sobre los techos de las barracas se encontraban ucranianos con ametralladoras. A las mujeres y a los niños, les dieron órdenes para que se dirigieran hacia la izquierda, y a los hombres para que se sentaran en el terreno, a la derecha. A cierta distancia de nosotros, se encontraba gente trabajando; estaban clasificando los bienes recogidos en el tren. Me las arreglé para infiltrarme entre los trabajadores y empecé a trabajar; recibí mi primer latigazo por parte de un alemán al que habíamos apodado Frankenstein. Ordenaron a las mujeres y a los niños que se quitaran la ropa.

(...) Cuando nos levantábamos, o más exactamente, cuando arrastrábamos los cuerpos hacia afuera, nos hacían correr y nos pegaban por el menor atraso. Los muertos habían quedado allí tirados desde largo

tiempo. Ya habían empezado a descomponerse. En el aire se sentía olor a cadáver y a descomposición. Gusanos reptaban sobre los infortunados cuerpos.

Cuando los atábamos con cinturones, era frecuente que se desprendiera algún brazo o alguna pierna. También tuvimos que trabajar hasta la caída de la noche, sin comer ni beber, en tumbas que nos eran destinadas. El día era caluroso y la sed nos hostigaba fuertemente. Por la noche, cuando llegamos a las barracas, cada uno de nosotros empezó a buscar sus conocidos -en vano-; no se les podía encontrar, ya no formaban parte de los vivos.(...)

Shana be-Treblinka (Mi-pi Ed Re'iyá) ("Un año en Treblinka por un testigo ocular") Jerusalén, 1945, págs. 05 -14.

* Wiernik participó en la sublevación del campo de Treblinka. Consiguió escapar y alcanzó Varsovia en 1944. Allí, transcribió sus testimonios y éstos fueron los primeros en ser publicados por los movimientos clandestinos de Polonia.

** Se refiere al Mariscal Jozef Pilsudski.